

SOLEMNE CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA  
CON MOTIVO DE SU PRESENTACIÓN AL PUEBLO DE DIOS  
COMO CARDENAL DE LA IGLESIA  
*Catedral de La Habana, 11 de diciembre de 1994*

Estén siempre alegres en el Señor, se lo repito, estén siempre alegres. ¿Y cuál puede ser la causa de esa alegría a la que nos invita San Pablo en su carta a los Filipenses? El mismo apóstol nos da la respuesta: el Señor está cerca. Llega así el tercer domingo de Adviento con su mandato imperioso que nos conmina a la alegría y nos infunde la certeza de poder hallarla en la presencia cercana del Señor.

La Iglesia espera siempre, pero ha establecido un tiempo específico para la espera (estas cuatro semanas que nos conducen hacia la Navidad). En ellas, los cristianos nos entrenamos en la esperanza, o sea, en la certeza de la cercanía de Dios a nosotros. ¡Necesitamos tanto la esperanza! porque no nos hacen falta ilusiones fantásticas, ni escapes absurdos de la realidad, ni entretenimientos que nos hagan olvidar los problemas. Estas vías que nos ocultan por un rato el acontecer de nuestras vidas vuelven a dejarnos, después de un corto trecho, en el mismo sitio angosto donde de veras nos hallamos y solo podrá haber entonces en nosotros una renovada sensación de vacío, justamente, un reclamo mayor de esperanza.

Hace algo más de un mes, cuando las comunidades católicas y todo el pueblo cubano conocían la noticia de que el Papa Juan Pablo II me incorporaría al Sacro Colegio de Cardenales en el Consistorio del 26 de noviembre, se acogía este hecho con gran alegría. Una alegría más notable aún por su contraste con las preocupaciones y ansiedades que marcan hoy la vida de nuestro pueblo.

Aquel gozo parecía pasar por alto los problemas cotidianos y trascendía cualquier eventual solución de los mismos. Era alegría del corazón, alegría del espíritu. Esa de la cual Jesucristo dice en el Evangelio que «nadie podrá quitar» a los suyos.

¿Puede producir tanta alegría un hecho cualquiera que al parecer atañe a una persona determinada? Por muy querida que sea esa persona, el regocijo que ocasionan sus éxitos personales no abarcan más que el círculo de los familiares y amigos. Pero en este caso vimos extenderse este gozo más allá incluso de los católicos activos a otros creyentes y a otras personas que no tenían una fe religiosa determinada. Son innumerables los testimonios que los cristianos han recogido en aquellos y en estos días, donde se mezclan la alegría y la esperanza y se expresa de algún modo el fondo profundo de ese sentir.

Toda la comunidad católica, y muchos hombres y mujeres más en nuestro pueblo, se han llenado de gozo, y no principalmente, repito, por el éxito de una persona, sino porque se han sentido implicados en esta decisión del Santo Padre Juan Pablo II: él ha pensado en nuestra Iglesia, Él se ha acordado del pueblo cubano.

Los que están atentos al incansable quehacer del Papa en pro de la paz y el bienestar de los pueblos han escuchado más de una vez la voz del Santo Padre que se ha levantado pidiendo ayuda para Cuba en medio de nuestras carencias materiales y otras dificultades y han conocido también de su afecto por nuestro país, que incluye su deseo repetido de venir a visitarnos. Pero el Sucesor de Pedro ha tenido ahora para Cuba y para su Iglesia un pensamiento que concreta de manera estable el aprecio que la Iglesia Universal, personificada por el Sumo Pontífice, tiene hacia nuestro país: el Papa ha nombrado un cardenal cubano.

Y para esto no se detuvo el Pastor Universal en situaciones conflictivas del pasado o del presente. Esta vez, sin reparar en condicionamientos de ningún orden, ha mirado decididamente al futuro para enaltecer de modo muy especial a nuestra Iglesia y a nuestra nación. No ha sido hasta hoy posible su visita a nuestro país, pero se hace ahora presente en medio del pueblo cubano de modo habitual por uno de sus más cercanos colaboradores, que es, además, un hijo de esta tierra. ¡Gracias, Santo Padre, en nombre del pueblo de Cuba!

¡Qué alegría que esto haya sido así! ¡Qué bueno que en esta ocasión haya pensado en nosotros, no como pueblo del tercer mundo, ni como país endeudado, o nación dividida, es decir, no en clave de crisis, como la historia reciente nos ha habituado a ser considerados, sino como comunidad humana donde los valores que acompañan a la fe cristiana son alentados y vivificados con un gesto significativo del Supremo Pastor. ¡Qué bueno que se haya hablado en esta oportunidad de la fe sencilla, y a veces escondida por mucho tiempo, del pueblo cubano! ¡Qué bueno que podamos ser conocidos no solo por nuestros carnavales o por nuestros ritmos, por el ron o por las imágenes de aparente despreocupación que ven a través de las grandes ventanas de sus autobuses refrigerados los turistas que nos visitan! ¡Cuba es también otra cosa! ¡Aquí hay también vida en el espíritu!

Esta fue la perenne inquietud de mi ilustre predecesor, el Cardenal Manuel Arteaga y Betancourt, ¡proclamar al mundo la grandeza oculta de la Patria! Esta preocupación no murió con él, vive en todos nosotros y la acogemos ahora como herencia bendita.

Pero si el pensamiento agradecido de muchos cubanos va al Papa Juan Pablo II, no se detiene en él. Alzando a lo alto sus ojos, los creyentes cubanos fijan su mirada en Dios: «*El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres*», rezaban con el salmo muchas cartas y telegramas recibidos por mí en estos días. Es Dios quien inspira nuestros buenos pensamientos, es Dios quien actúa a través de aquellos que han sido llamados al servicio del Señor. Es Cristo, Buen Pastor, quien guía a la Iglesia por medio de aquel que está al frente de todo el rebaño como sucesor de Pedro.

Y es así como la gratitud se torna en esperanza, porque cuando la mirada del corazón se encuentra con la fuente y el origen de todo bien, el Dios de cielo y tierra, Señor de la historia, dejamos los caminos plagados de abrojos de nuestros propios proyectos y atravesamos los umbrales de la esperanza. Alguien como el Papa Juan Pablo II, lleno de autoridad moral y espiritual, ha pensado en nosotros para dignificarnos como pueblo, pero a través de él, Dios ha pensado en nosotros. Dios no se olvida del pueblo cubano.

De este modo nos abrimos a la esperanza, y de allí brota y crece esa alegría profunda que tantos han experimentado. Es el mismo Dios quien ha actuado en favor nuestro. El Señor está cerca y nunca nos ha abandonado y este es un gozo de creyentes y de cubanos.

¡Qué bueno también encontrar esta oportunidad de expresar juntamente nuestra devoción a Dios y a la Patria, abrazados en un mismo amor!, porque «no es bueno que lo que Dios ha unido lo separe el hombre».

Y así, de pie en el umbral de la esperanza, serenamente, alegres y seguros de la cercanía de Dios, nos llega el momento de preguntarnos, como los israelitas hicieron a Juan el Bautista: entonces, ¿qué tenemos que hacer?

Y es normal que esto suceda, pues nadie puede asomarse a la esperanza sin cuestionarse al mismo tiempo acerca del futuro, porque la esperanza no es otra cosa que un puente tendido hacia el futuro.

La respuesta del Bautista, voz profética indicadora de caminos, relaciona la cercanía del Señor con las actitudes ante la vida que deben verificarse en gestos elocuentes. Al profeta acudieron para saber qué hacer la gente del pueblo, los hombres públicos y también los militares. Cuando Dios nos sale al paso tenemos que dar nuestra propia respuesta según la condición de cada uno. La figura del profeta se levanta en el horizonte de los pueblos para proclamar en nombre de Dios que, si cada uno no hace lo que tiene que hacer, el Dios cercano se hará distante y se acaba la esperanza. Por eso que cada cual dé de lo que tenga, que nadie sea violentado o extorsionado por otro, que se establezca la justicia.

¡Qué difícil misión la del Bautista, la del Profeta! ¡Qué difícil también la misión profética de la Iglesia! Faro de esperanza, voz que anuncia a los hombres la cercanía de Dios, pero voz que debe también recordar a todos, sea a los más sencillos o a los de algún rango social, a la sociedad entera o a sus mismos gobernantes, que cada uno debe hacer lo que le corresponde por el bien de todos los seres humanos. Clama la Iglesia cuando no se cuenta con Dios, cuando se actúa como si Él fuera un Dios lejano. Habla al corazón de los pueblos cuando se agota la esperanza y se extingue la alegría y lo hace tanto cuando su clamor es aceptado, como cuando es rechazado, incluso con violencia y, peor aún, cuando sabe que su voz, como la de Juan el Bautista, a menudo clama en el desierto.

Así, en la cercanía de la Navidad, que es fiesta de gozo porque en ella Jesús visita a su pueblo, se hace grave la voz de la Iglesia y, no solo invita con San Pablo a la alegría por lo cercano del Señor, sino, fijando también su mirada en el Bautista, convoca a todos los cristianos al compromiso de vivir en serio como seguidores de Jesús. Ese es su clamor en medio de las plazas, para todo hombre de buena voluntad que quiera escucharlo: que es hora de cambiar el corazón, que lo escabroso sea allanado, que sea enderezado lo torcido, que se preparen al Señor, que viene en esta Navidad y siempre, caminos de justicia, de reconciliación, de amor y de paz.

La Iglesia, por medio de sus obispos, que son los legítimos pastores del rebaño, no puede dejar de levantar su voz en medio del pueblo, porque junto a su misión de alabanza al Único Dios a través de su Hijo Jesucristo, y su misión de servicio y caridad, atendiendo especialmente al pobre, al enfermo, al necesitado de apoyo o de aliento, está su misión profética, que es la de:

— mover las conciencias para que los hombres y mujeres cambien en el sentido del bien;

— denunciar el mal, la injusticia, la falsedad y la falta de amor como pecados que ofenden a Dios;

— y sobre todo anunciar caminos de esperanza para el pueblo.

Esto, que le ha sido confiado a la Iglesia como un programa por Jesucristo, su Señor, tiene que hacerlo, según palabra del Maestro, en el mundo entero y hasta el fin del mundo.

¡Cómo nos lo recordaba a los nuevos Cardenales el Papa Juan Pablo II en las palabras que nos dirigió en el último Consistorio y en la homilía de la Eucaristía que tuvimos la dicha de concelebrar con él! Nos decía el Santo Padre:

*«Para vosotros, queridos hermanos cardenales, y para todos los pastores de la Iglesia, el servicio al “evangelio de la vida y del amor”, el servicio a la verdad proclamada por Cristo... exige también una gran valentía.*

*Eso atañe de modo especial a la tradición del cardenalato en la Iglesia. Es la fortaleza de los Apóstoles que derramaban su sangre por la verdad de Cristo; es la fortaleza de tantos sucesores suyos, pastores de la Iglesia, que por la misma causa han estado dispuestos a sacrificar la vida y muchas veces la han sacrificado de hecho...*

*En la Iglesia, la dignidad cardenalicia corresponde a una doble tradición. Ante todo a la tradición de los mártires, es decir, aquellos que no dudaron en derramar su sangre por Cristo. Esto se refleja incluso en vuestros hábitos. En efecto, la púrpura tiene el color de la sangre. Y recibiendo la púrpura cardenalicia, cada uno de vosotros oye la llamada a estar dispuesto a derramar su sangre, si Cristo lo pidiera.»*

Queridos hermanos y hermanas aquí presentes y los que no han podido venir, queridos cubanos que han compartido esta alegría como algo íntimo y personal y han sentido renacer en sus corazones la esperanza: Su Cardenal tiene muy en cuenta esas palabras del Santo Padre, las hace propias y quiere ser aquí en Cuba, con sus hermanos obispos, profeta de la Esperanza, propiciando la reconciliación y el reencuentro espiritual de todos los cubanos, sin reparar en dificultades, sin detenernos en obstáculos, convencidos, en nuestra fe, de la fuerza poderosa del amor cristiano que trasciende toda filosofía: «ese amor que es paciente, que es benigno, que no piensa mal, que se goza con el bien, que todo lo aguanta, que todo lo espera».

En la Virgen María, Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, se apoya e inspira mi respuesta al Señor en esta nueva etapa de mi vida, que es también una nueva etapa en la vida de la Iglesia en Cuba.

La Santísima Virgen María tiene un papel en la Iglesia, que es el de reunir a los hijos dispersos por el pecado y cobijarlos con amor de madre.

Esa ha sido primordialmente su misión como Madre de los cubanos, que vela solícita sobre nuestra tierra desde su altar de El Cobre, indicándoles a sus hijos «que hagan lo que Él les diga», o sea, aquello que su Hijo bendito, Nuestro Señor Jesucristo, nos ha enseñado: vivir el amor con todas sus exigencias. Así llegaremos a alcanzar la reconciliación, la Paz y el bienestar que todos anhelamos. A Ella, en su Basílica y santuario de las montañas orientales será mi primera visita, para celebrar allí la Santa Eucaristía bajo su mirada amorosa, dándole gracias por este don que el Señor ha dado a la Iglesia y a todo el pueblo de Cuba, suplicándole también que libre a nuestro pueblo de tantas penurias y de toda aflicción y que reúna a todos los cubanos, como hermanos, en el amor de su Hijo Jesucristo.

En este andar de la Iglesia en Cuba hacia el tercer milenio de la era cristiana, en el cual se abre ahora una nueva etapa, no emprendo solo el camino desde este nuevo punto de partida. Conmigo, solidarios, hermanados por nuestra condición de pastores del pueblo de Dios, van, como siempre, mis hermanos obispos. Su alegría de estos días, compartida con toda la grey que Dios les ha confiado, su oración y la de sus iglesias, su cercanía y amistad, son para mí no solo motivo de gratitud personal, sino de acción de gracias y alabanzas a Dios Nuestro Padre. ¡Qué bueno y qué alegre es que los hermanos vivamos unidos! Esta Iglesia unida en sus pastores, en sus sacerdotes y diáconos, religiosos, religiosas y fieles, ha podido atravesar etapas difíciles y salir airosa de las pruebas. Esa

misma Iglesia puede mirar ahora hacia delante con su confianza puesta en Jesucristo, el Gran Pastor del rebaño, teniendo como feliz patrimonio su unidad, su alegría y su espíritu evangelizador, con un laicado joven y en ascenso, que se forma y se prepara para ocupar su puesto en el futuro, codo a codo con sus sacerdotes abnegados y fieles.

Queridos sacerdotes, gracias. Primero a los sacerdotes diocesanos habaneros y a los religiosos que desempeñan su misión pastoral en La Habana, pero junto con ustedes a todos los sacerdotes diocesanos y religiosos de Cuba. ¡Cuántas muestras de simpatía y afecto he recibido de ustedes en la caridad sacerdotal más sencilla y auténtica! ¡Ustedes, junto con los obispos cubanos, llevan el gran peso de la presencia y la acción de la Iglesia! Es hora de gran responsabilidad, pero de verdadero entusiasmo. Es tiempo de sembrar esperanza.

A los religiosos y religiosas, testigos del amor de Cristo en medio del pueblo, les agradezco sus calladas ofrendas, su servicio sacrificial a los pobres y enfermos, su acción evangelizadora, el cuidado pastoral que ejercen de modos tan diversos. Sé de su oración y su cariño, que he sentido especialmente en estos días.

A los queridos diáconos y a sus familias, gracias también por ese modo antiguo y nuevo de servicio eclesial, por el apoyo que prestan al obispo, por su disponibilidad y amistad.

En estos momentos, cuando siento sobre mí el peso de esta nueva responsabilidad, me confortan particularmente las palabras que el Papa Juan Pablo II me dirigiera, junto con el numeroso grupo de hermanos de Cuba que me acompañaron en peregrinación a Roma, en aquella inolvidable audiencia que, tan benévolamente, quiso concedernos. De este modo habló para nosotros el Papa:

*«Señor Cardenal:*

*Le saludo con gran afecto al recibirle hoy, acompañado por su anciana madre y otros familiares, así como por algunos obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos y seglares, que representan a tantos hermanos cubanos, unidos espiritualmente a estos actos, a quienes envío también mi entrañable saludo.*

*La Iglesia en Cuba, en su camino no exento de sufrimientos y esperanzas, vive en estos días unas jornadas de intenso júbilo al ser elevado usted, como arzobispo de San Cristóbal de La Habana, a la dignidad cardenalicia...*

*Quiero manifestarle, señor cardenal, que como Sucesor de Pedro estoy a su lado y al de los demás pastores, y les encomiendo a la protección materna de la patrona de Cuba, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre.»*

Vaya una vez más mi especial gratitud y la de mis hermanos obispos de Cuba al Santo Padre por todo cuanto ha hecho por nosotros.

Gracias en fin a todos ustedes, queridos católicos de esta amada Arquidiócesis de La Habana y de todas las diócesis de Cuba. Ustedes me han hecho de veras sentir que conciben esta dignidad cardenalicia tal y como yo lo expresé en el mensaje de aquel domingo en que se conoció la noticia de mi nombramiento: que si era cardenal de la Iglesia lo era para servir mejor a la Iglesia cubana y para enaltecer con ese servicio a mi Patria.

A todos los cubanos que por tantos caminos diversos me han hecho saber su orgullo, su complacencia, su gozo por esta nueva responsabilidad que el Papa me ha confiado y que honra a nuestro país, a los de aquí y a los de fuera: a cristianos de diversas denominaciones, a creyentes y no creyentes. A personalidades ilustres y a hombres y mujeres del pueblo. Permítanme expresarles mi agradecimiento con la súplica de que me sientan también suyo en el amor del Señor y en el amor a Cuba.

Dios los bendiga a todos, Dios bendiga a la Iglesia católica cubana, Dios bendiga a Cuba.